

Vidas de

¿Qué significa ser maestra hoy? ¿Qué aportan específicamente las mujeres en el desempeño del oficio del magisterio? En este "Tema del Mes" se teoriza sobre el reconocimiento de ser mujer y maestra, al tiempo que se incluyen relatos, en primera persona, con secuencias de su modo de estar cotidianamente en las aulas.

En los distintos textos se ponen de relieve aspectos como el deseo y la libertad, la autoridad femenina, los vínculos y relaciones que se establecen con el alumnado, la singularidad de cada niño y niña, el acto amoroso de educar, la enseñanza como conversación, el compromiso, el aprendizaje a partir de lo cotidiano, el sentido político de las prácticas educativas, y los procesos de investigación y reflexión, como formas de sortear las dificultades y avanzar hacia otra escuela.

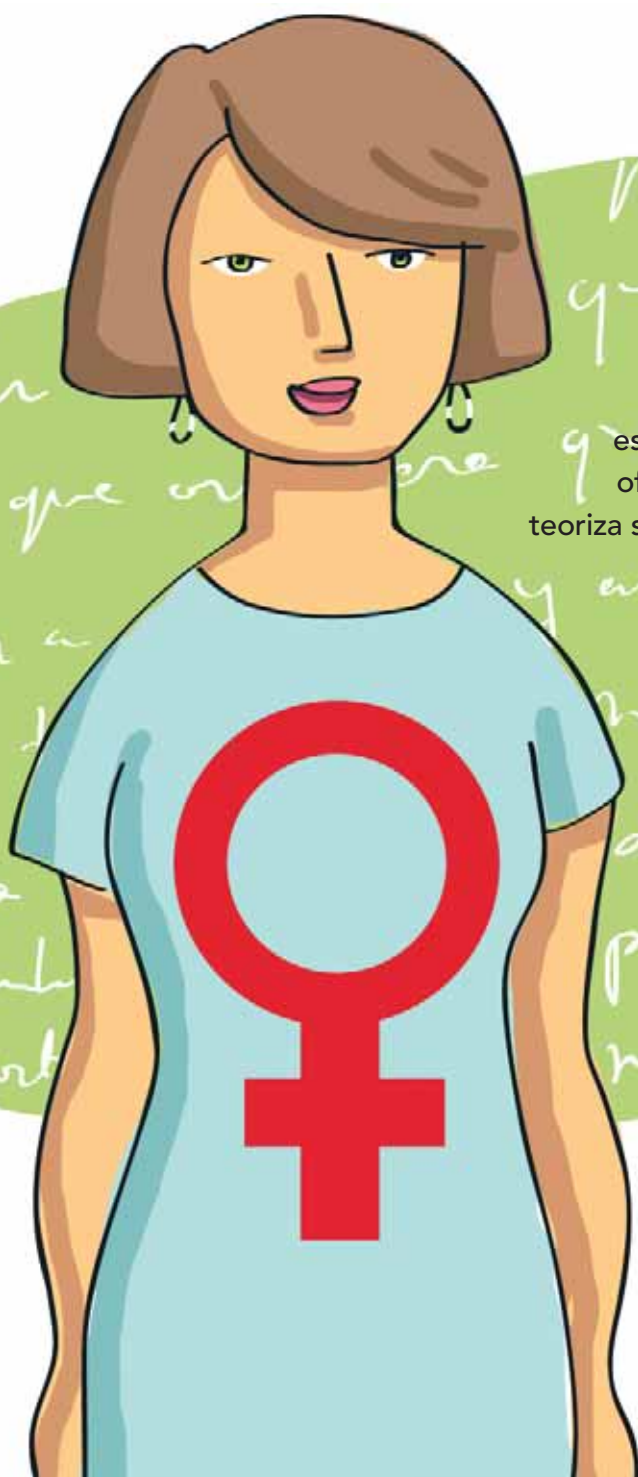
COORDINACIÓN: NIEVES BLANCO GARCÍA

Universidad de Málaga.

REMEI ARNAUS I MORRAL

Universitat de Barcelona.

Este Tema del Mes es continuidad y fruto de la mesa de trabajo que, con el mismo nombre, se desarrolló en el marco del I Congreso Internacional "Reinventar la profesión docente" (Málaga, noviembre de 2010).



FLOR GARCÍA

Ser una maestra hoy

¿Por qué pensar y escribir sobre ser una maestra hoy? ¿Ser maestra y ser maestro es equivalente? ¿Significa algo nuevo, hoy, poner juntas estas dos formas de nombrar el hecho de ser enseñantes: maestras y maestros? ¿Qué nos aporta reconocer y

de un contexto relacional amplio. Se dan sexuados, ya que cada palabra procede de alguien que la dice porque, como dice María Zambrano, el cuerpo se obstina en ser. Las maestras que escriben en las páginas siguientes lo saben y se dejan guiar por su

maestras

significar la riqueza de la diferencia de ser mujer o de ser hombre, más allá de un gesto "políticamente correcto"?

Este Monográfico quiere aportar lo que están desvelando las prácticas educativas de unas maestras que se dejan guiar por su ser mujer y no por un neutro simbólicamente instituido –más masculino que femenino–, sin carne ni hueso. Esta neutralidad plana forcejea en el presente para igualar la diferencia entre maestras y maestros, entre niñas y niños, en lugar de reconocer y potenciar su riqueza, la que da la medida de estar en el mundo en femenino y en masculino. Algunas mujeres han sabido nombrar esta riqueza que aporta el don de la diferencia de ser mujer, distinta de la de ser hombre. Son mujeres que saben que la madre y el padre son importantes los dos, pero que una y otro dan algo diferente a la criatura, aportan una riqueza distinta y dispar que no se deja –por más que a veces se intente– homologar y aplanar. En cada una y en cada uno de nosotros anida esta verdad, pero ha quedado muda, inerte, y a veces congelada detrás de las puertas, de los rincones de los patios de recreo, de algunas experiencias en las aulas, de relaciones significativas entre maestras, entre alumnas y alumnos. Estas maestras han salido a rescatarlas y han sabido convertirlas en conocimiento y en cultura porque han podido reconocer autoridad a la sabiduría de toda una genealogía femenina que nos ha regalado un gran legado.

Reconocer la diferencia de ser mujer, de ser maestra

Hoy ya no se puede seguir negando lo evidente: que en la escuela, como en la calle y en la vida común, hay mujeres y hombres, niñas y niños. Una diferencia fundamental y primera, con la cual se inaugura una vida y que la acompaña siempre. Sin embargo, casi todo el conocimiento y la experiencia humanas se nombran como universales y neutras, cuando en realidad no es así. La experiencia y el conocimiento humanos se dan con el cuerpo, con el pensamiento y con los sentimientos, como frutos

ser mujer; han sabido encontrar un hueco, una apertura por donde asoman aquellas cualidades que les dan la medida de lo que son en el aula y en la escuela. Están abriéndose paso en el mundo común y en el trabajo. Cada una de ellas ha podido abrirse cada vez más a la libertad en sus prácticas educativas al captar el sentido que las sostiene. Un sentido en femenino que han podido reconocer en las aportaciones de la política de las mujeres y, más concretamente, en el pensamiento y la práctica de la diferencia sexual.

Desde comienzos de los 90, y en relación con mujeres italianas, se viene desarrollando en España un movimiento de enseñantes –de distintos lugares del país y de todos los niveles del sistema escolar– que buscamos hacer educación desde el reconocimiento de la diferencia de ser mujer, dando sentido a la necesidad vital y epistemológica de significarse libremente como lo que somos, huyendo del neutro que no existe. Y tratamos de llevar a la realidad, a la escuela, el saber y el valor de la existencia femenina (Rivera, 2005). Es la búsqueda de un camino en el que no hay un punto de llegada ni un recorrido prefijado. Sí hay algunos rasgos que orientan ese recorrido y que pueden reconocerse en prácticas como el partir de sí o la relación como centro de unas prácticas pedagógicas que se quieren orientar desde la confianza y el amor (y lo menos posible desde el poder y la norma). Se trata de una opción pedagógica y política que busca hacer de la escuela un lugar de vida (y no un servicio social o un negocio), en un momento histórico crítico, esto es, en crisis, y por tanto, lleno de contradicciones y de paradojas que tratan de convertirse en posibilidades, en prácticas que no repitan lo ya conocido, sino que respondan, de verdad, a las necesidades actuales y al deseo de enseñar en relación.

En este trayecto, un hito relevante ha sido la creación, en el año 2000, de "Sofías, relaciones de autoridad en educación", un espacio de intercambio y de práctica política de mujeres enseñantes y de mujeres interesadas en la educación. Nos encontramos una vez al año para abordar, desde nuestra experiencia

y a través del diálogo vivo y la reflexión, las cuestiones relevantes de la educación y de nuestro modo de vivirla, que se han publicado en diversos libros: Sofías, 2002, 2004, 2006 y 2011. Este espacio ha propiciado fructíferas relaciones políticas y científicas que han dado lugar a colaboraciones en publicaciones, investigaciones o espacios de formación y de intercambio, como se muestra en el artículo "Para saber más".

Decir la verdad

En los últimos tiempos hay una visión negativa de la escuela que enfatiza lo que va mal y que pone el foco en los problemas y en las carencias. Sin duda hay muchas razones para mostrar preocupación y hay muchos aspectos que examinar, que revisar. Pero también debe decirse lo bueno que ya existe, porque es real y porque es un modo de hacer frente al desánimo y la impotencia. Eso es decir la verdad sobre la escuela; como lo es reconocer la labor de muchas maestras, en todos los niveles del sistema escolar, que con pasión y realismo hacen de la escuela un lugar de civilización, y del mundo un lugar más habitable.

Dice Anna Maria Piussi que "la apuesta política fuerte, en el

presente, es pensar y hacer escuela como una función de la vida, de la vida individual y pública" (2010, 43). La escuela como un lugar esencial para el crecimiento de cada chica y de cada chico; y como un espacio civilizador, de encuentro, de creación de vínculos sociales. Esta es la escuela que da dignidad, añade, y a la que tantas maestras contribuyen, como muestran los relatos recogidos en este número.

Hay dignidad y amor al mundo en el hacer de muchas maestras que muestran y traducen en la práctica su deseo de contribuir a hacer un mundo mejor; pero no en abstracto sino a través de su acción concreta, en cada aula y con cada una de sus alumnas y de sus alumnos. Maestras que están en la escuela porque les gusta lo que hacen, pero también por responsabilidad, que disfrutan de su trabajo y que asumen hacer lo que está en su mano para que la educación alcance estándares más altos.

Son maestras que se sienten comprometidas en la transformación de la vida y del mundo, en primera persona. Y ese compromiso, cuando es consciente y se vertebra en relación con otras y con otros, es una forma de hacer escuela haciendo política porque sostiene el vínculo y la responsabilidad que tenemos con el mundo y el sentido vivo y móvil de la realidad, de lo que está pasando.

Estar en la escuela: deseo y libertad

La escuela es un lugar de creación social, un lugar que las mujeres han querido y cultivado, tanto como les ha sido posible, y lo han hecho con pasión, determinación y éxito. Las mujeres se han dedicado a la enseñanza por deseo y elección, y también por necesidad; pero muchas de ellas han sabido hacer, en la escuela como en la vida, de la necesidad, libertad. Muchas viven su trabajo como una vocación que, tal como la definiera María Zambrano, implica buscar la sintonía entre lo que eres y lo que haces, de ser lo que estás llamada a ser. Vocación como búsqueda de tu lugar en el mundo; ese lugar en el que te reconoces, en el que no sientes tu voz como la de una impostora. Vivir la enseñanza como una elección, y hacer una escucha atenta de quienes somos, desde la fidelidad a una misma, eligiendo lo que se es: mujer.

Ser maestra, por tanto, es una forma de estar en el mundo; ligada a un trabajo, sí, pero no reducible a él, porque prevalece siempre la búsqueda de sentido, de ponerse en juego, de escuchar a los niños y a las niñas, y atender a sus necesidades. Y es desde ahí que se hace viable la posibilidad de que surja lo nuevo, lo original, lo no pensado; no persiguiendo la novedad sino el sentido, centradas en las ideas y no tanto en las técnicas.

Para muchas mujeres, ser maestra no es un oficio solitario o autista. Buscar y encontrar su lugar en la escuela, como en el mundo, se apoya y se potencia en un círculo de autoridad femenina, en el reconocimiento de nuestra genealogía, de lo que nos liga a otras mujeres. Es saberte vinculada y pertenecer a un saber y sabiduría en femenino.

La existencia de una comunidad femenina apoya la libertad de otras mujeres (y puede ser un referente para la de los hombres). Ser maestra es vincularse a un lugar simbólico y real en el que quepa el modo de hacer en singular y en femenino. Eso es lo que permite que podamos desplazarnos de lo neutro y de la ajenidad al entrar en instituciones donde no hay reconocimiento a un modo de hacer en femenino. Esa ajenidad produce sufrimiento y desconcierto, mina la confianza de las mujeres —maes-



tras y alumnas-, y debilita su confianza y su deseo. Sienten que deben negar lo que saben como verdadero; así lo vive una alumna que está preparando oposiciones y que se pregunta por qué debería ocultar –como le han recomendado vivamente– que una importante razón para dedicarse a la enseñanza es su deseo de estar con las niñas y los niños.

Pero no basta con una comunidad del actuar; hace falta una comunidad del saber. Se dice que las maestras no escriben, no dan a conocer lo que hacen, no comparten con otras y con otros lo que hacen y lo que piensan, sus hallazgos y sus invenciones. Sin duda es cierto; se aducen, con razón, motivos de orden práctico ligados a la falta de tiempo o a la ausencia de tradición. Pero sobre todo hay razones de orden simbólico, problemas de reconocimiento, de autoridad, de confianza; de dar valor a lo que se hace y de darse valor en la práctica y en las ideas. Y esta es una gran dificultad, porque sin ese reconocimiento de autoridad hay debilidad en el deseo femenino, hay silencio e inseguridad.

Por eso es tan importante la tarea de tantas maestras que, a menudo con esfuerzo y dificultad, utilizan la palabra y la escritura para transformar lo vivido en saber; a través de la narración, el saber puede ordenarse y adquirir materialidad para que sea reconocible, comunicable y transmisible. Para eso hace falta una escritura y unos modos de transmisión que no fijen, no objetiven, no abstraigan ese saber; que mantengan su contextualidad, su temporalidad y su vitalidad.

En la práctica de muchas enseñantes hay un gran empeño por crear referentes de legitimidad para el saber, por lo que ponen el acento en su aspecto relacional, dinámico, ligado a contextos particulares y a la presencia viva, con la intención de que lleguen a transmitirse en contextos de formación que, como la Universidad, debiera prestar una atención más sostenida y más prioritaria a los saberes de las maestras, para ganar con ello veracidad y potencia pedagógica.

Muchas mujeres trabajan cada día para hacer de la escuela un lugar de cultura, un espacio civilizador. Lo hacen desde distintos lugares, desde diferentes posiciones y con distintas ideas. Pero todas ellas aportan una riqueza que la escuela y la sociedad no puede permitirse desechar. Y mucho menos las mujeres, que tenemos en ellas un vínculo genealógico que nos enraiza con lo nuevo y lo antiguo que las mujeres aportan al mundo. Es preciso hacer visible esa contribución, reconocer el valor de la aportación femenina al mundo y a la escuela. El riesgo de no hacerlo, como señala Luisa Muraro, es demasiado alto: “Si la creciente presencia femenina no genera “un más” para mujeres y hombres, si no se traduce en una diferencia cualitativa, corre el peligro de convertirse en “un menos”, o sea, en un factor desacreditador” (2010, 32).

Reconocer la autoridad femenina

La libertad femenina de estar en la escuela se abre con el reconocimiento y el agradecimiento a nuestro propio legado femenino al lado, y no en contra, del masculino. El agradecer y el reconocer son palancas para acrecentar lo que hemos tomado y nos sirve de guía, y de inspiración, a la vez son palancas para soltar lo que ya no nos sirve porque no nos restituye el sentido a lo que hacemos. Esta fuerza de enraizamiento relacional es imprescindible para reconocer la autoridad femenina, que es la que puede abrir en nuestro interior horizontes de libertad y de

alegría en nuestro hacer, porque, además, está más en contacto con la vida en sí misma. El monográfico transita por estos horizontes y búsquedas que algunas maestras ya han sabido poner en juego al practicar relaciones de autoridad femenina con otras. De este modo han sabido dar cuerpo a su voz, saliendo de la esquizofrenia de la incoherencia agotadora entre un pensar, un decir-decirse y un hacer. Por tanto, genealogía y reconocimiento de autoridad femeninas van de la mano para que las maestras –y aquellos maestros que las reconocen en sí– estén en el mundo enteras y sin disfraces. La ganancia es mucha para las mujeres y para los hombres: ofrecer una medida cultural femenina visible en el mundo, al lado –y no en contra ni igual– de una medida masculina que vaya desprendiéndose de su vínculo y afinidad con un modelo simbólico del poder que neutraliza y violenta, para encontrar un nuevo lugar para junto a y convivir con la medida femenina sin violencia –es decir sin la pretensión de imponerse como medida cultural única–, ya que este modelo simbólico está agotado y no tiene sentido en la actualidad. Así nos lo muestra la gran crisis económica actual, que es cultural y simbólica en primer lugar. Asimismo, se está agotando también el sentido de una escuela que ya está por detrás del presente y reclama seguir transformándose, porque el sentido que lo sustentaba se ha agotado y se nota en el cansancio de los cuerpos y de las almas de las niñas, de los niños, de las chicas y de los chicos; y como ya sabemos muy bien de las maestras, de los maestros, de las madres, de los padres.

La feminización de la escuela no se está valorando en toda su magnitud y ahora tiene algo importante que decir y debe escucharse. El presente nos reclama el sentido de la medida femenina para que esté no solo presente –que ya lo está– sino vivo y con reconocimiento de autoridad entre mujeres y entre mujeres y hombres. Esta es la apuesta del siglo XXI. Tenemos a nuestra disposición todos los logros que la libertad femenina con su revolución pacífica ha conseguido. Y están cambiando los términos de las relaciones entre mujeres y hombres, no sin conflictos relacionales que deben ser escuchados. Pero no olvidemos que la lógica del poder se afirma a costa de la acción libre y creativa, en cualquier campo y en primer lugar en la política (Muraro, 2009) y, por tanto, en la convivencia en libertad. Y esta lógica está encarnada hoy, en muchos hombres y en algunas mujeres. El poder está agitado por los logros de la libertad femenina y por las propuestas de mujeres y hombres que sostienen otras miradas y prácticas en la escuela, en la universidad y en el trabajo, que se orientan por el amor a sí mismos y al mundo, y dejan que el amor sea su signo de identidad (Rivera, 2011).

para saber más

- ▶ **Lelario, Antonietta; Cosentino, Vita y Armellini, Guido (2010):** *Buenas noticias de la escuela*. Madrid: Sabina editorial.
- ▶ **Muraro, Luisa (2009):** “El poder y la política no son lo mismo”. *Revista DUODA*, n° 37, pp. 47-59.
- ▶ **Rivera, María-Milagros (2005):** *La diferencia sexual en la historia*. Valencia: PUV.
- ▶ **Rivera, María-Milagros (2011):** “El amor es el signo”. Material del Seminario en la Fundación Entredós, Madrid.